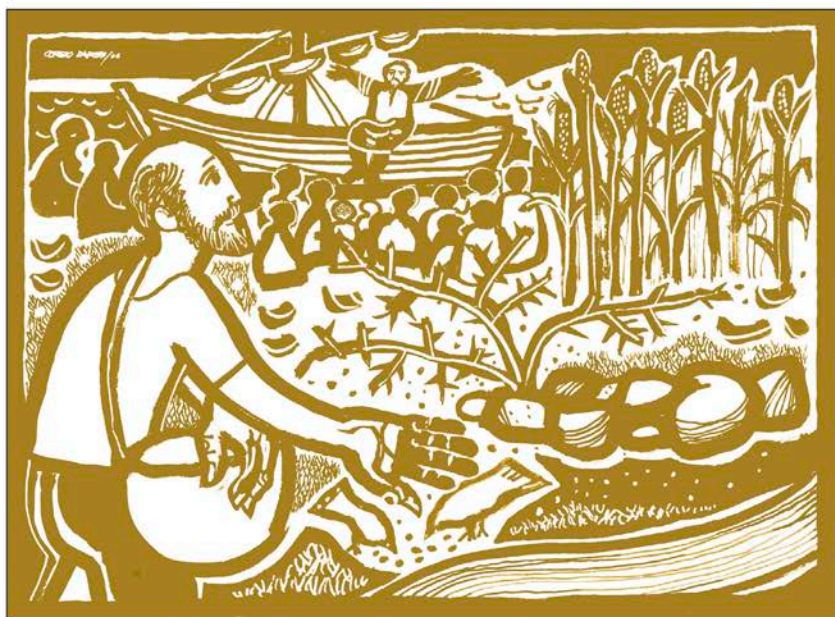


Francisco Contreras Molina

Leer la Biblia como Palabra de Dios

Claves teológico-pastorales
de la lectio divina en la Iglesia



Introducción

Como María en su canto, la Biblia proclama la historia de la salvación; es un himno alzado a la grandeza de Dios que ha mirado la bajeza de su pueblo. Toda la Biblia se erige en ininterrumpido Magnificat entonado por un pueblo, que ha sido rescatado por Dios y hecho su heredad.

Siguiendo la imagen propuesta por los santos Padres, la historia humana puede compararse a un caminar sin rumbo durante un largo destierro. Hemos salido de nuestra tierra de origen: el paraíso primordial, en donde Dios acudía puntualmente a hablar como un amigo. Esa comunión entrañable, humano-divina, se ha perdido y el diálogo se ha roto.

Gracias a la Palabra, pronunciada por Dios, se entabla de nuevo el diálogo y renace la amistad; nuestra tierra de destierro se transforma en paraíso y el Señor se acerca para conversar con nosotros: «Cuando leo las divinas Escrituras, Dios vuelve a pasear en el Paraíso terrestre»¹.

¹ San Ambrosio, *Epístola 49, 3*. No podemos dejar de recordar un pasaje antológico en donde se rememora este ambiente paradisiaco que es capaz de instaurar en nuestra oscura tierra la lectura creyente de la Escritura: *La Biblia fue escrita hace mucho tiempo, pero no ha envejecido la fuerza de la Escritura; surge y se refuerza cada día más... Te encuentras fuera del paraíso, oh catecúmeno, partícipe del exilio de Adán el progenitor. Ahora, desde el momento en que se ha abierto la puerta, entra allí de donde has salido y no tardes... Has estado mucho tiempo hundido en el fango, date prisa para venir a mi Jordán; no es ya Juan quien te llama, sino que es Cristo el que te invita. El río de la gracia ya fluye por todas partes; y no brota ya en Palestina para desembocar en el mar más próximo, sino que*

La Constitución conciliar *Dei Verbum* (21) celebra este encuentro y conversación:

En los libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos.

Con la evocación del paraíso recordamos las primeras líneas del primer libro de la Biblia: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra...».

También nos está permitido afirmar: «En el principio Dios no creó un libro, sino un pueblo. Lo liberó, rescatándolo de una tierra de esclavitud, y lo condujo por el desierto, lo llevó sobre alas de águila y lo atrajo hacia el Sinaí. Con él selló una alianza. Forjó una historia de salvación».

El pueblo rememoró su historia, se remontó a sus orígenes y escribió el libro del Génesis; luego continuó plasmando los avatares de sus diversos períodos: jueces, monarquía, exilio, retorno... en otras tantas entregas.

Cuando abrimos los diversos escritos de la Biblia, no leemos unos libros caídos, como maná, del cielo. No son extraños aerolitos. El cristianismo es la religión en cuyo centro no está un libro, sino la Palabra divina encarnada en un ser humano, Jesucristo.

El texto es el evangelio; pero el contexto necesario es la vida de fe de la Iglesia en nuestro Señor. De esta vida brotaron las narraciones evangélicas, las cartas apostólicas..., en fin, todos los escritos del Nuevo Testamento. Existe una estrechísima relación entre evangelio e Iglesia. Puede afirmarse con rotundidad: sin Iglesia no hay evangelio.

Cuando se nos da a vivir una honda experiencia, anhelamos que no se pierda. Cuando queremos preservar una dicha de la

*abrazo la oikoumene entera y desemboca en el Paraíso. Este río tiene a Cristo como rica fuente, y saliendo de él, inunda el universo entero. Es un río de agua dulce y potable... Carga el Evangelio sobre tus espaldas como hizo Josué con el arca, deja el desierto, esto es, el pecado, atraviesa el Jordán, empéñate en vivir conforme a Cristo en la tierra que según la promesa produce leche y miel, frutos que dan la alegría... Todas estas cosas son figuras para nosotros; todas prefiguran las cosas que experimentamos ahora nosotros (San Gregorio de Nisa, *Sermo de Baptismo*; PL 46, 417C-421A).*

cruel fugacidad a que está sometida, entonces escribimos. Las cosas más hermosas existen porque alguien, alguna vez, las dejó escritas. Así podemos leer el *Cántico Espiritual* de san Juan de la Cruz, que el poeta escribió durante nueve sufridos meses en la cárcel-convento de Toledo, como un parto; también podemos deleitarnos con tantos poemas inolvidables, textos imborrables como *El Quijote*, *Hamlet*...

La escritura dota a las palabras de inmortalidad. Un encuentro de amor, aunque efímero en el tiempo, quiere perpetuarse en la verde corteza de un árbol mediante el dibujo de dos corazones, atravesados por una flecha y firmados con dos nombres afortunados. Los «grafitti», garabateados en paredes anónimas, han puesto un sello personal a experiencias que un día fueron dichas. La vida profunda tiene aspiración de eternidad.

Cuando Job vislumbra, como un destello en medio de su atroz oscuridad, la luz de la resurrección, entonces siente ansias por escribir, grabar en monumento y roca su esperanza más firme que el mármol:

¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá en monumento se grabaran, y con punzón de hierro y buril, para siempre en la roca se esculpieran!

Yo sé que mi Defensor está vivo, y que él se levantará sobre el polvo.

Tras mi despertar me alzaré junto a él, y con mi propia carne veré a Dios.

Yo, sí, yo mismo le veré, mis ojos le mirarán, no ningún otro.

¡Dentro de mí languidecen mis entrañas! (19,23-27).

Cuando los santos fundadores han recibido una fuerte vivencia carismática, anhelan conservarla para la posteridad: escriben como herencia espiritual unas Constituciones... La palabra escrita otorga valor perenne al río fluyente de la vida; sirve para que no se extravíe su mensaje, como agua fugitiva en el calcinado desierto².

² Mientras redacto estas páginas ha venido a hablar conmigo un sacerdote, párroco en Córdoba. Es un buen amigo. Se llama Luis Briones. Está escribiendo un libro, sacando tiempo de donde apenas hay sino migajas, inmerso como se halla en una labor pastoral muy comprometida. Solamente puede trabajar en el mes de vacaciones de ve-

Así nacieron los evangelios: como honda exigencia de una vida que quería perpetuarse.

Así es la Biblia, Palabra de Dios escrita para siempre. Revelación imperecedera de su amor. Revelación porque comunica la condescendencia de Dios, sus prodigios en favor de la casa de Israel y de la Iglesia. Y porque refleja lo más hondo del corazón humano, por eso es también revelación.

Confesión de un testigo

Dios guía nuestros pasos, incluso sin que nosotros lo advirtamos en un primer momento. Más tarde caemos en la cuenta: damos gracias al Señor y la vida. No tenemos más remedio, porque percibimos que nuestra historia ya no nos pertenece en exclusiva. Se encuentra enlazada con nuestro pueblo. Juntos marchamos, codo a codo, en busca de la ciudad de la nueva Jerusalén. Nuestra historia se convierte, ya desde entonces y de manera feliz, en historia de salvación.

En este contexto eclesial, debo referir con brevedad la historia de la *lectio divina*, que significa, de alguna manera, contar mi propia historia en estos últimos años.

Esta aventura empezó en el año del jubileo en la Iglesia: el 2000. En la iglesia de Granada se habían organizado, como en tantas otras diócesis, charlas, conferencias..., a fin de celebrar di-

rano, pues durante el curso, llevando dos parroquias en un barrio popular de Córdoba, resulta imposible dedicarse a escribir. Lo admiro en su noble tesón. A la pregunta de por qué se empeña en escribir, me ha confesado: *Este libro se quedará, nos va a sobrevivir. Cuando yo me muera, él seguirá hablando en nombre de la vida de la comunidad cristiana. Por eso escribo.*

En el mismo prólogo anota: *Este libro reproduce lo vivido por muchos curas y mucha gente de Córdoba. Y esto es con-vivido... Y me acordaba de que los evangelios nacieron al calor de cómo vivieron la vida de Jesús diferentes comunidades... por eso era su evangelio, parte del único evangelio pero coloreado por la experiencia de su vivir en Cristo. ¿No podríamos también nosotros, modestísima pero verdaderamente, escribir nuestro evangelio y darnos luz y dar a luz a otros (a través de nuestras luces y de nuestras sombras, como Pedro en su traición)?*

Toda vida quiere permanecer. El libro se llama *Parroquia de barrio hoy. Crónica de una búsqueda.*

cha efemérides. Fueron tres años plenos de ricas experiencias eclesiales. Pero no se quería que, llegados a la meta, la memoria cayese en el olvido y la vida cristiana decayese en la rutina. Entre nosotros reinaba una sincera preocupación pastoral. Se organizaron diversas reuniones a fin de mantener la tensión espiritual. Se pensó en publicar unos cuadernillos que se repartirían en las todas las iglesias. Tenían por título *Iglesia dos mil*.

A mí se me encomendó —como profesor de Sagrada Escritura y metido, como me hallo, en la pastoral diocesana— redactar un par de artículos sobre la *lectio divina*. Recuerdo que eran fechas de mucho ajetreo. Pero escribí con gozo y prontitud la colaboración requerida, porque sentía que así me lo pedía la Iglesia y podía ser útil a mis hermanos.

La revista llegó a sus destinatarios. A raíz de esa divulgación, cuál no sería mi sorpresa cuando empezaron a solicitarme de muchas parroquias de Granada. La gente quería saber y profundizar más. Me multipliqué como pude. En algunas parroquias no bastaba una sola charla y ejercicio concreto. Pedían más. Surgió un alegre despertar y cundía un entusiasmo por la Palabra de Dios.

Di algunos días de retiro a los sacerdotes de la diócesis de Granada. Con teoría y praxis incluidas. Recuerdo que el entonces arzobispo, D. Antonio Cañizares, me comentaba —medio en broma, medio en serio— que era el único ponente que había hecho rezar a los sacerdotes. No era propiamente eso. Se trataba más bien de que, tras las charlas teóricas, hacíamos ejercicio concreto de *lectio divina*, en clima de fe y oración.

El camino de la Palabra de Dios ha seguido ya imparable en mi vida. Me han llamado de muchas partes obispos y sacerdotes. Parroquias. Diversas familias religiosas. Gente sencilla del pueblo. Comunidades. Movimientos. Cofradías. Colegios... He podido recorrer España entera en estos últimos años intentando fomentar el amor por la Palabra de Dios y la práctica de la *lectio divina*.

Una vez encontré a dos sacerdotes en una parroquia de Valencia. Ya contaban cierta edad: el párroco 69 años, el coadjutor 67. Estaban impartiendo unas catequesis de la Biblia a los fieles.

Me comentaron sus sentimientos, con cierto pesar pero sobre todo animados de esperanza. Tras muchos años de incansable ejercicio pastoral, ahora sí que habían acertado plenamente:

Lástima que hayamos empezado tan tarde. La gente viene y se queda tan contenta, oyendo cosas de la Palabra de Dios. Nos dice: ¡La Biblia! ¡La Biblia! Queremos que nos habléis de la Biblia. Esto es lo que nos alimenta y nos da fuerza para vivir.

Da la impresión de que nuestro pueblo está evangelizado y de que la Biblia es ya el libro de su vida. Falsa y errónea apariencia. Nada más lejos de la triste realidad.

En una ocasión, en el diálogo que siguió a una charla sobre la *lectio divina*, una persona de una parroquia comentó en voz alta su situación espiritual. Pude escribir sus palabras con fidelidad. Son éstas:

Yo creo que si la gente tomara la Biblia y la leyera, su vida estaría de otra manera, tendríamos más consuelo. Yo no quiero culpar a los sacerdotes, porque a lo mejor ellos no lo saben; pero tendrían que saberlo, y decirlo, y hacerlo.

¡Ay, si a mí me lo hubieran dicho antes! ¡Cómo habría cambiado mi vida!

Pero le doy gracias a Dios porque ahora conozco la Biblia. Sin la Biblia yo ya no puedo vivir.

En algunas partes he visto una cierta desconsideración y visión superficial hacia la *lectio divina*. En otras partes, un desaliento. Conviene precisar estas miradas desviadas y situaciones tibias.

Convenimos todos en sostener que la *lectio divina* está de actualidad. Basta asomarse a las librerías religiosas de algunas capitales. Conozco bastante bien las de Roma. De cada una de ellas, puedo afirmar que he contado entre sus anaqueles y tenido en mis manos más de una docena de títulos sobre este tema monográfico. Podemos preguntarnos: ¿se trata de una novedad, una moda, que puede ser comparable a la aparición de algunos autores que estuvieron un tiempo en el relumbrante candelero? Hagamos breve ejercicio de memoria: D. Bonhöffer, C. Carreto, T. de Mello, H. Nouwen... ¿Quién se acuerda hoy de ellos, como se merece su obra? Ante esta duda, nos acecha una inquietud:

¿pasará la *lectio divina* como se han eclipsado estos escritores ya en declive?

También hemos asistido, durante los últimos años, a un relieve acusado de diversas teologías. Pueden destacarse la teología de la muerte de Dios, de la política, de la liberación (con sus diversas ramificaciones: negra, asiática...), feminista... ¿Asistimos a la aparición de otra nueva teología, una más en la constelación fugaz del firmamento eclesial? Sería una lástima esta apreciación. Porque la moda es algo transitorio: «lo que primero pasa de moda». Otra, de tantas cosas fungibles, en «el imperio de lo efímero» (Lipovetsky).

La *lectio divina* constituye una ayuda providencial para renovar nuestra vida creyente personal y comunitaria —de un grupo cristiano, de una parroquia, de una diócesis...—, en el contacto permanente con la Palabra de Dios; pues la Biblia leída y orada es el lugar que Dios mismo ha elegido para su encuentro con nosotros, a fin de convertirnos y recibir gratuitamente de él la plenitud de su vida.

Característica esencial e insustituible de toda espiritualidad cristiana es la lectura de la Palabra de Dios. No podemos olvidar que el cristiano es un oyente de la Palabra (Sant 1,22). Se vive la vida según el Espíritu en proporción a la capacidad de dejar espacio a la Palabra, y de hacerla crecer en nuestro corazón. Dios nos habla. Nosotros oímos y acogemos su Palabra. De esta interpelación brota la verdadera respuesta: la conversión, que significa pasar de la autosuficiencia personal a la dependencia total de Dios. Es vaciarse del egoísmo todo para llenarse de Cristo y poder volcarse, pleno el corazón de amor sincero, en un servicio desinteresado de entrega a los hermanos.

He tenido contactos con muchos grupos cristianos que han practicado la *lectio divina*. La mayoría de ellos se muestran radiantes de entusiasmo y seriamente comprometidos. Otros, en cambio, la llevan como quien ejecuta un ejercicio cansino. Arrastran la práctica como un lastre, a la manera del que carga una pesada cruz. Después de un tiempo, por falta de perseverancia, exceso de cansancio, la dejan y olvidan. Pierden, con ello, una poderosa fuerza para su conversión y alegría de su vida cristiana.

¿Cuál es la causa de esta desigual suerte en la práctica de la *lectio divina*? El peligro que nos acecha es quedarse en la pura técnica, que se reduce al seguimiento de unos pasos metodológicos. Conviene recordar que un método por sí mismo no conduce a ninguna parte, si no está alentado del espíritu. La letra, si no está vivificada por el Espíritu, mata. Somos víctimas de nuestro ambiente tan comercializado y pragmático. Hemos de huir de las fáciles fórmulas que nos aseguran el éxito en pocos días y sin esfuerzo. ¡Con unas cuantas recetas, como todo bagaje para el largo camino, no se va a ningún sitio ni por mucho tiempo. Resulta muy difícil alcanzar venturosamente la meta!

También en la práctica de la *lectio divina* se da la «impaciencia del todo-inmediatamente». No dejamos que madure el *trigo* de nuestra fe ni somos respetuosos con el crecimiento de nuestra relación con Dios y con los hermanos. Sucede lo que Carlo M^a Martini ha llamado certeramente «el furor de la acción, una impaciencia de obtener todo inmediatamente, un deseo agresivo hacia los ritmos de las cosas»³.

El oportunismo, el culto al utilitarismo eficaz, buscan conseguir resultados de manera inmediata. Intentar ser tan prácticos conlleva un riesgo: la pobreza de espíritu. Hay que entender adecuadamente la *lectio divina*. Aquí, como en tantas cosas, lo más práctico es tener una buena teoría que fundamente la práctica. Y en nuestro caso, para la práctica de la *lectio divina*, hace falta con urgencia una teología de la Palabra que la sostenga.

La *lectio divina* no debe aparecer sólo como un recurso pedagógico, un frío esquema operativo, un truco rápido, sino un medio providencial, usado en otros tiempos, que ha producido sus frutos, y que la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, quiere actualizarlo y vigorizarlo para acrecentar la vida creyente del pueblo de Dios.

La *lectio divina* es un signo de los tiempos. No una moda fugaz y pasajera. Un tesoro de la Iglesia que el Espíritu no ha querido que desaparezca y que en estos últimos tiempos ha sa-

³ *En el principio la Palabra*, Santa Fe de Bogotá ²1991, 28.

cado a la luz. Se trata de la lectura atenta y creyente, orante y comprometida de la Palabra de Dios. Y ello pertenece esencialmente a la vida de la Iglesia que necesita alimentarse del pan de la Palabra. Por eso Carlo M^a Martini puede escribir con pleno acierto, sin alardes de exageración: «La *lectio divina* es un ejercicio de escucha de la Palabra, que capta el misterio del Verbo encarnado y penetra, por tanto, en el misterio mismo de Dios. No hay vida cristiana en profundidad sin la *lectio divina*»⁴.

Es preciso leer la Palabra en comunión con la Iglesia. Esta idea, bien entendida, resulta muy fecunda; aparecerá con frecuencia a lo largo del libro, como una preocupación pastoral y un consuelo eficaz de toda auténtica lectura que se precie de ser cristiana.

Es la Iglesia quien me ofrece el don de la Escritura; dentro de ella debo leerla. En este sentido la Iglesia es nuestra madre nutriente y nos concede el mejor regalo: la Palabra de Dios. Nuestra religión no es la religión del libro, sino del Cristo viviente. Si fuese la religión del libro, la Iglesia podría convertirse en una gran editorial, y nosotros en vendedores de libros.

Así he caminado durante estos últimos con el pueblo de Dios. No yo solo. Mis compañeros sacerdotes y misioneros, testigos del hambre de la Palabra de Dios que padece nuestro pueblo; y mis colegas, profesores de Biblia en las Facultades y seminarios de España, con los que me reúno con frecuencia, también son testigos de la verdadera ansia por la Palabra de Dios.

He percibido por todas partes hambre, mucha hambre por la Palabra de Dios. La profecía de Amós se cumple. Aquellos días que el profeta vislumbraba para un futuro incierto se anticipan ya a los nuestros:

He aquí que vienen días, oráculo del Señor Yahveh, en que yo mandaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Yahveh (8,11).

⁴ ¿Por qué Jesús hablaba en parábolas?, Bogotá ²1989, 97.

También he sentido en el pueblo de Dios un anhelo ardiente para que se les instruya en el camino, a fin de acercarse a la Biblia y entenderla como Palabra de Dios. Buscan como el eunuco de los Hechos de los Apóstoles a alguien que se la explique:

El Espíritu dijo a Felipe: Acércate y ponte junto a ese carro. Felipe corrió hasta él y le oyó leer al profeta Isaías; y le dijo: ¿Entiendes lo que vas leyendo? Él contestó: ¿Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía? Y rogó a Felipe que subiese y se sentase con él (Hch 8,29-31).

El pueblo de Dios tiene hambre de la Palabra de Dios. Se encuentra estragado por mal comer migajas y restos insignificantes, que no sacian ni alimentan. ¿De qué valen unos entretenimientos, unos sucedáneos que son un tentempié para hoy y hambre para mañana?

Toda pastoral bíblica en la Iglesia debería empezar en ese lugar hondo en donde se originan los más nobles sentimientos: las entrañas. Tendría que participar de los mismos sentimientos de Jesús cuando ve a la multitud hambrienta, a punto de desfallecer. Experimenta una profunda compasión –*splakhnistheis*– y les ayuda eficazmente. Se pone a predicarles la Palabra.

Pienso en nuestro pueblo. Los contemplo –si se me permite hablar así– tal como los veía Jesús: famélicos, como ovejas errantes:

Al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor (Mt 8,36).

Él nos comenta: «dadles vosotros de comer, pues con el hambre no se juega» (cf. Mc 6,37).

Debo gritar con toda sinceridad que me duele el hambre de nuestro pueblo que no conoce, tal como ansía en lo más profundo, ni el pan ni el consuelo de la Palabra de Dios.

Para favorecer el acceso a la Biblia, como Palabra de Dios, y de manera muy especial la práctica de la *lectio divina*, se ha escrito este libro, al contacto vivo con las inquietudes de la gente. Es obra que ha ido gestándose en estos últimos años.

Sumario esclarecedor del libro

Con la terminología de *lectio divina* no se pretende restaurar una práctica antigua, que conlleva el seguimiento de muchos pasos y que puede resultar extraña, más propia de monjes de la Edad Media. Los autores modernos adoptan otra terminología, tal vez, más expresiva: C. Mesters habla de *lectura orante de la Biblia*. E. Bianchi indica que es *lectura de la Biblia en el Espíritu*.

Pretendemos dar unas orientaciones fructíferas para que toda lectura de la Biblia —de esto se trata! No caigamos presos en las sutiles redes de los nombres y en posturas excluyentes—, sea personal o comunitaria, sea privada o litúrgica, «sea de noche o de día...», se convierta en encuentro transformante con el Señor.

La Palabra de Dios tiene poder para crear de nuevo. Leemos con atención un texto, que cimienta la esencia del cristianismo o el amor fraterno no fingido sino sincero, en la fuerza generativa de la Palabra, que dura para siempre:

Amaos intensamente unos a otros, con amor no hipócrita, pues habéis nacido de nuevo de un germen no corruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios viva y permanente (1 Pe 1,22b-23).

Y esta Palabra vive en la Iglesia. Este misterio nos devuelve la esperanza y nos acrecienta las ansias para acercarnos a la Biblia. La Iglesia nace de la Palabra de Dios, en donde se encuentra la misma Palabra encarnada, Jesucristo, nuestro Señor. Esta Palabra se ha escrito en un libro: la Biblia. Leyendo con fe la Palabra de Dios, manteniendo con ella un contacto no ocasional, «de domingo en domingo», sino un trato asiduo y familiar, la Iglesia se regenera y renueva. Se unge de entusiasmo por la misión.

Si la lectura de la Biblia es buena, y mucho más que buena, óptima —diríamos con toda la razón del mundo—, no se sigue que todo acercamiento a ella así lo sea. Nuestro uso de la Biblia decae con frecuencia en un arbitrario abuso.

Es preciso que la lectura de la Biblia se convierta en un acontecimiento salvífico: *kairós*, un acto por el que Dios nos recrea y nos hace partícipes de su vida.

No buscamos, por tanto, que un cristiano conozca mejor la Escritura, o que escuche un fragmento bíblico, o que realice unos pasos metodológicos precisos..., sino que sea verdaderamente interpelado por el Señor, que habla al corazón y consuela. Esta lectura de la Biblia es «divina» sólo si realmente pasa a ser un diálogo vivo con Dios. Cuando esto ocurre, llega la salvación a nuestra casa y el Señor nos visita con su gracia. Esta experiencia espiritual cala en lo más hondo. Ya no se olvida. Basta que suceda una vez para que el afortunado creyente se sienta atraído de por vida a la lectura de la Biblia. Tal es la finalidad de la *lectio divina*. Entonces se cumple aquella escena, en donde san Gregorio Magno exhortaba a Teodoreto, médico del emperador:

Me dicen que estás haciendo cosas muy bellas, importantes; pero me dicen que no encuentras tiempo para leer la Biblia. Escúchame: si el emperador te escribiese una carta, ¿tendrías el valor de tirarla antes de haberla leído entera? ¿Y qué otra cosa es la Biblia sino una carta de Dios Omnipotente a su criatura?... Aprende a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios, para suspirar con más ardor por la eternidad⁵.

Para favorecer la lectura y poseer ya una cierta perspectiva, podemos adelantar el contenido del libro, vertido en estos doce capítulos. Partimos de un clarísimo signo de los tiempos: la vehemente recomendación de la Iglesia a la lectura de la Biblia y práctica de la *lectio divina* durante estos últimos años. No podemos dejar de escuchar tan insistente interpelación. Contemplamos luego cómo la Iglesia ha vivido en su larga historia esta práctica. La perspectiva de los años y los siglos otorga solidez a este ejercicio, que no es flor de un día ni moda efímera. Nos acercamos a la gran aportación de la Iglesia en el Concilio Vaticano II, la Constitución *Dei Verbum*, o *Carta Magna* de la revelación bíblica. Nos concentramos en su primordial apartado: *La Palabra de Dios en la Iglesia*.

En cuatro importantes capítulos presentamos algunas *claves* que nos acercan a la Biblia para mejor entenderla, orarla, interiorizarla y vivirla. La lectura de la Biblia debe ser realizada siem-

⁵ Éstas son sus últimas palabras: *Disce cor Dei in verbis Dei, ut ardentius ad aeterna suspires. Registrum epistularum*, V, 46; PG I, 345-346.

pre: en Cristo, en el Espíritu Santo, en comunión con toda la Iglesia (en especial, durante la liturgia) y abiertos a su fuerza profética. En el capítulo octavo revisamos los errores en que podemos caer y aciertos que es preciso mantener para que sea fecunda la Palabra de Dios. En el noveno nos ponemos ya en marcha: realizamos ejercicio práctico de la *lectio divina*, con su metodología precisa y explicación. En el décimo, en recuerdo del papa Juan Pablo II, leemos algunas «páginas de la Biblia al viento»; son una especie de «florecillas» en el camino; hablan, mediante la sugerencia del relato parabólico o la metáfora, de la importancia de la Palabra de Dios. El capítulo undécimo nos presenta la figura de alguien cercano, de carne y hueso, que puede ayudarnos y estimularnos. Fue un santo apóstol y misionero gracias a la Palabra de Dios, que leía con humilde devoción cada día de su vida: San Antonio María Claret.

El último capítulo es el testamento o conclusión. Pero se trata de un testamento abierto o conclusión inacabada. Porque el libro cumple su carrera sólo cuando el lector comience a leer con fe y perseverancia, todos los días de su existencia, la Biblia como Palabra de Dios.

Son doce capítulos, como doce son los pilares en que se cimenta la ciudad de la Nueva Jerusalén (Ap 21,14). Esperamos que la Iglesia se apoye siempre en el fundamento de la Palabra de su Señor, acogida con fe y practicada en el amor.

El Señor dijo a sus discípulos, en la conclusión del sermón del monte: «Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca» (Mt 7,24). A Pedro, que le confesó: «Señor, ¿adónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68), Jesús le aseguró: «yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16,18). Éste es el cimiento firme, la piedra viva y la roca inquebrantable en donde se asienta la Iglesia: la Palabra de Dios.

Cinco principios doctrinales han orientado el contenido de este libro:

Primero. La Biblia, interpretada por la Biblia. Hay una continua e ineludible referencia a la Biblia. Creemos, fieles a la prác-

tica de los santos Padres y del mejor legado del judaísmo, que la Biblia se comenta por ella misma; constituye la primera fuente de enseñanza, es el alma de toda verdadera teología. Acudimos de continuo a su autoridad, en especial, a la palabra y ejemplo de Jesús, como definitiva luz en nuestra interpretación.

Segundo. La Biblia, leída en comunión con toda la Iglesia. Tenemos en cuenta los textos de la Iglesia, del Vaticano II «*Dei Verbum*», de la *Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, y la aportación de los principales documentos emanados por los últimos papas. Asimismo nos mantenemos en contacto con la ciencia bíblica, incorporamos las aportaciones de los biblistas, profesores, exegetas más competentes y autorizados; hemos valorado el inmenso bagaje publicado recientemente en torno a la *lectio divina*. Nuestro estudio ha pretendido ser, si no exhaustivo (palabra desterrada en el campo bíblico por la constante proliferación de publicaciones), sí muy completo.

Tercero. La Biblia, leída dentro de la tradición viva de la Iglesia. Este principio resulta normativo y fecundo. Abundan los testimonios de los santos Padres. Los ejemplos mueven y arrastran, *exempla trahunt*. Los Padres atribuyen a la Sagrada Escritura los efectos de vida espiritual que nosotros estamos habituados a atribuir a la gracia. Hablan de la Palabra de Dios como si efectuase toda la configuración del creyente con la imagen de Cristo. Ella opera toda la transformación de la vida espiritual, desde las purificaciones iniciales hasta la íntima unión con Cristo. Con un realismo, de cuya frescura carece nuestro espíritu analítico, ven en la Sagrada Escritura la presencia misma de Cristo que se nos comunica y se da a comer como una especie de sacramento⁶.

Cuarto. La Biblia, leída, orada en comunión de fe con toda la Iglesia. Nos acercamos al ejemplo admirable de hombres y mujeres de Dios que han sido atraídos por la Biblia y con la que han mantenido una íntima familiaridad. Ojalá que el ejemplo de su asombrosa piedad bíblica nos contagie y nos mueva al permanente contacto con la Palabra divina.

⁶ Cf. Y. Congar, *La Tradición y las tradiciones II*, San Sebastián 1964, 258.

Nos sentimos Iglesia. Vamos todos remando en la misma barca, también amenazados por el oleaje del mar, pero confiados en la presencia firme del Señor (Mc 4,35-41). El Espíritu empuja las velas con una brisa a favor, mucho más poderosa que otros vientos contrarios.

Quinto. La Biblia, leída al hilo de la vida. Incorporamos elementos de tradición oral. Son fruto de mi presencia en diversos grupos bíblicos, de conversaciones con muchos cristianos, dirigentes de grupo, gente sencilla; felices encuentros con sacerdotes, religiosos y seglares con quienes caminamos juntos para que la Palabra prosiga su destino de salvación.

El trato con las personas que el Señor ha puesto providencialmente en mi vida y que me han orientado en tantos asuntos relativos a la *lectio divina*; mi condición de misionero claretiano, hijo del Inmaculado Corazón de María, otorgan a este libro un tono cordial, de relato vivo y testimonial. Abandono de manera adrede el ademán del profesor distante, y arrimo una silla a la mesa común en donde todos nos sentimos hermanos y nos nutrimos del pan de la Palabra, lo partimos y compartimos generosamente.

El presente libro ofrece, pues, unas claves, al mismo tiempo teológicas y pastorales, que ayuden a un acercamiento fecundo con la Biblia a mantener una lectura creyente y orante o *lectio divina*, a descubrir su valor como Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. Para que, desde esta honda familiaridad, pueda ser llevada a la práctica con fidelidad y proclamada con ardor misionero a todo el mundo. Ojalá que, bendecido por el Señor, nuestro buen Pastor que nos guía y alimenta, nuestro verdadero Pan de vida, sirva para remediar —un poco, al menos— el hambre del pan de la Palabra de Dios que nuestro pueblo padece.

Deseo poner este libro bajo la protección de María, nuestra Madre y modelo de toda lectura creyente de la Palabra de Dios. La presencia de María en estas páginas es transversal, atraviesa íntegramente su contenido: no se halla sólo reservada en un capítulo. Ella, lugar fecundo en donde se hizo carne la Palabra de Dios, acompaña nuestro encuentro con la Palabra. El papa Be-

nedicto XVI, durante el último congreso mundial sobre la *Dei Verbum*, así nos la presenta:

Ésta es la actitud típica de María santísima, tal y como lo muestra de manera emblemática la imagen de la anunciación: la Virgen acoge al mensajero celestial mientras medita en las sagradas Escrituras, representadas generalmente con un libro que María tiene en sus manos, o en el seno, o encima de un atril. Ésta es también la imagen que ofrece de la Iglesia el mismo Concilio, en la constitución *Dei Verbum* (n. 1): En escucha religiosa de la Palabra de Dios... Recemos para que, como María, la Iglesia sea dócil esclava de la Palabra divina y la proclame siempre con confianza firme para que «todo el mundo, oyendo, crea el anuncio de la salvación; creyendo, espere, y esperando, ame»⁷.

⁷ *Benedicto XVI*, Ángelus, 6-11-2005.